



Martín Alonso

# ¿Sifones o vasos comunicantes?

## La problemática empresa de negar legitimidad a la violencia desde la aserción del «conflicto» vasco

*Martín Alonso Zarza es licenciado en Sociología y Ciencias Políticas, en Filosofía y en Psicología; es profesor de instituto. Sus intereses y publicaciones versan sobre los nacionalismos, los usos de la Historia, los conflictos en los Balcanes y la violencia política. Es autor del libro **Universales del odio. Creencias, emociones y violencia** (Bilbao, Bakeaz, 2004) y de los Cuadernos Bakeaz **Bosnia, la agonía de una esperanza** (Bilbao, Bakeaz, 1995) y **Relatos exclusivos, políticas excluyentes. El patrón de Oriente Medio** (Bilbao, Bakeaz, 2006).*

*Cada anuncio por la organización terrorista ETA del cese de su actividad viene acompañado de la consiguiente y comprensiva ola de optimismo. Y, acaso como parte de ese sentir, se ha encontrado en la acción de los grupos pacifistas una de las variables determinantes para el esperado desenlace. Ahora bien, la hipótesis de la fuerza del pacifismo presenta un flanco vulnerable, porque no cabe considerar decisivo un factor para explicar el fin de un fenómeno e ignorarlo cuando resurge o persiste. Este desajuste aconseja proceder a un examen de los discursos desde los que se deslegitima la violencia. La «hoja de ruta» presentada por el presidente vasco ante el Parlamento de Vitoria en septiembre del 2007 es un buen pretexto. La definición de la situación contenida en el discurso, exponente del espectro político que sostiene al Gobierno, es compartida por sectores amplios de los movimientos sociales. En este cuaderno se plantea la hipótesis de que, en tanto en cuanto existe una gramática profunda común al continuo nacionalista —y algunos segmentos formalmente no nacionalistas— en su vertiente política y social, y que este complejo político-social es hegemónico en cuanto a influencia en el espacio de la Comunidad Autónoma del País Vasco, la violencia política contará con una reserva de legitimidad que le permitirá sobrevivir pese a su carácter inhumano y anacrónico. En la medida en que «conflicto» y «violencia» se articulan sobre una base identitaria caracterizada en términos excluyentes, la definición étnica de la situación proporciona un colchón de seguridad a los partidarios de la política de las armas.*

### ÍNDICE

1. «El» conflicto	2
2. ¿Sifones o vasos comunicantes?	4
3. Amplificadores y silenciadores	6
4. Ley de gravitación nacional	8
5. Etnificación y radicalización	9
Notas	11
Bibliografía	11

En cualquier caso, son incapaces de buscar seriamente la culpa en sí mismos. Les gusta decir «nosotros», refiriéndose a todo el país. Les está vedado sonreír con respecto a sí mismos. Cuanto más seguros están de sí mismos, más se apresuran a acusar a los demás.  
Max Horkheimer, *Sociedad en transición*.  
*Estudios de filosofía social*

mapa semántico de los escollos que amenazan la singladura del buque vasco. Se inicia con los retos que hay que superar para «situarse en los primeros lugares del mundo». Las 18 páginas dedicadas al asunto no dejan lugar a dudas sobre la ejecutoria en este punto. Las restantes dos categorías —la violencia y el conflicto— no presentan perfiles tan claros. La violencia es un «problema» que encontrará «solución» por la vía de una negociación «técnica»; el «conflicto», por su parte, compete al ámbito de la negociación «política»; de modo que la clave para afrontarlo de una vez por todas será el «referendum resolutivo» en que debe culminar el proceso pautado por la «hoja de ruta». Formalmente, a la primera se le hace frente mediante el rechazo en virtud de un «principio ético», mientras que la respuesta al segundo debe provenir de un «principio democrático de respeto a la voluntad de la sociedad vasca». Merece la pena parar mientes en la desigual atención que reciben ambos expedientes. De entrada, de las seis estrategias responsables del fracaso sólo una compete a la violencia; las otras se registran explícita o solapadamente en el debe del conflicto. Ello es congruente con la propia definición de esta figura como «un conflicto histórico de naturaleza política». De ahí, también, que no tengamos otras noticias del principio

El discurso que pronunció el 28 de septiembre del 2007 el lehendakari Juan José Ibarretxe es preciso en el trazado del

ético, mientras que el principio democrático inspira y sazona cada uno de los pasos de la hoja de ruta. Esta desigualdad de trato tiene una explicación indirecta en el propio discurso y no es un endemismo: con la resolución del conflicto —el problema existencial que contamina todo el ecosistema social— se disolverá el problema de la violencia; en los propios términos del orador: «ETA estaría obligada por decisión popular a realizar una manifestación inequívoca, creíble y demostrable, de su voluntad para poner fin a la lucha armada». A la hora de señalar los activos para abordar «el nuevo ciclo», después de dejar claro que hay que atender a ambos contendiosos de forma paralela «sin subordinarse ni supeditarse mutuamente», incorpora la necesidad de un compromiso previo de las partes de utilizar «única y exclusivamente» «vías políticas y democráticas». Esta redacción, que hace eco a una formulación anterior, se desvanece aquí como humo; porque, si es una condición, debe cumplirse antes de poner en marcha el proceso, y, si no lo es, resulta improcedente invocarla para un uso cosmético.

Estimo que, con la clave del tono retórico, es este aspecto de clarificación analítica la principal aportación del discurso del 28-S. En efecto, son las precisiones sobre los dos principales accidentes de la geomorfología social vasca —habida cuenta de que el primero de ellos, los retos materiales, ha sido holgadamente superado— las que le confieren su valor diferencial, puesto que no es frecuente encontrar en formulaciones doctrinales destinadas a un público amplio este esfuerzo de nitidez cartográfica. Tenemos que retrotraernos al Pacto de Estella/Lizarra para encontrar una redacción paralela en el apartado mismo de la identificación:

*El contendioso vasco es un conflicto histórico de origen y naturaleza política en el que se ven implicados el Estado español y francés. Su resolución debe ser necesariamente política. Siendo distintas las concepciones que existen sobre la raíz y permanencia del conflicto, expresadas en la territorialidad, el sujeto de decisión y la soberanía política, éstos se constituyen en el núcleo de cuestiones fundamentales a resolver.*

Puesto que el código del conflicto ejerce un papel rector en la visión de las dificultades de la realidad vasca, y no sólo para el lehendakari ni para el Gobierno, será preciso indagar con algún detalle en sus entresijos semánticos.

## **1** «El» conflicto

La posición nuclear del conflicto no es caprichosa. La formulación de un problema social en estos términos tiene dos corolarios inmediatos: se trata de una situación que se nos impone y de una relación en la que desempeñamos el papel de víctimas. La falta de reconocimiento que denota la imposición admite una gama de traducciones que van de la subordinación al maltrato. El «estado de excepción» es una figura solicitada. En el ámbito del denominado Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV) no se han hecho ascas al invocar los quilates del genocidio; y se ha establecido la Euskal Herria Watch consiguiente —y, a diferencia de sus modelos, privativa: sólo se ocupa de atropellos contra los residentes «auténticos» del enclave—. De ahí el difícil encaje de las víctimas: es una posición ocupada y que no pueden reclamar advenedizos. En «Madres», uno de los relatos de *Los peces de la amargura*, Fernando Aramburu (2006) lo describe con maestría. La Toñi, esposa de un guardia municipal asesinado, hace acopio de valor para dirigirse a una señora enlutada que antes la había amenazado:

—Señora, ¿por qué me persigue? ¿Yo qué le he hecho a usted?

—Gente como tú machacáis a Euskal Herria.

—¿No le basta con lo que sufro? ¿Quiere usted aplastarme más todavía?

—¿Sufrir? ¿Aplastar? ¿Qué caradura! ¡A ti te parece que el sufrimiento de una opresora vale lo mismo que el sufrimiento de todo un pueblo?

Sabemos desde Thomas que las percepciones producen consecuencias reales, y desde Malinowski que cada creencia genera su mitología. Y me atrevo a sugerir, en línea con las aportaciones cognitivistas, que así ocurre con la creencia en el conflicto. Mantengo, en consecuencia, que la formulación aporética canónica del nacionalismo podría ser rebajada, si no apelando a una suerte de agnosticismo, al menos al politeísmo. Porque, como sostiene la psicología cognitiva, no es la situación sino las creencias sobre la situación las que determinan la conducta. En lo atinente a la situación, no hay «un» conflicto, sino un puñado de ellos, y cuál alcance mayor relieve depende de la coyuntura, o, en términos más técnicos, de la estructura de oportunidad política. Hay conflicto entre radicales y *jeltzales* (miembros del PNV), pero también entre el «PNV de Josu Jon Imaz» y otros sectores; en el pasado ha habido escisiones en todos ellos y a menudo se ha utilizado artillería pesada en los debates internos. «Somos —corroboraba Zulaika (2006) con unos elocuentes puntos suspensivos— una sociedad llena de antagonismos entre el Estado español y el nacionalismo vasco, entre la izquierda y la derecha, entre socialistas y nacionalistas...» La hipóstasis de «un» conflicto pregnante presume la existencia de un Nosotros de referencia y de un Ellos antagonista. Y la reivindicación de la autodeterminación se sustenta en el referente de un «auto» elusivo. Porque no existe ese Nosotros (Gurrutxaga, 2005). Por otra parte, conviene recordar que la geometría del conflicto por antonomasia ha sido enormemente cambiante, con no pocos ejemplos de colaboración transversal.

Entiendo que la expresión «conflicto vasco» es una fórmula de la familia retórica del «choque de civilizaciones»; en realidad, podría traducirse para acercar la fonética como «choque de emociones»; como su homóloga, reúne todos los atributos para oficiar de profecía autocumplida, o, con un rótulo endógeno, autorresolutoria. La «unidad de España» se inscribe en la misma categoría y ha dado lugar a consecuencias análogas cuando se ha convertido en programa de fuerzas políticas representativas. El lamento de quienes invocan el «no nos dejan vertebrar este país» completa en perfecta simetría los plantos de quienes auguran el apocalipsis de la desvertebración, una hispanalgia rediviva por la pérdida de la unidad. La expresión «conflicto vasco» posee la virtualidad de un marco director capaz de generar un relato autocontenido desde el Nosotros de referencia. Lo cual es congruente con la tesis de Dahrendorf (1988: 31), en el sentido de que «las disputas sobre la definición figuran entre los conflictos humanos más difíciles de tratar». Sencillamente, porque la definición tiende a configurar los contendiosos en términos de sistemas de valores irreconciliables entre los dos extremos del gradiente identitario (Braud, 2006: 146), precisamente porque los asuntos relativos a la definición son indivisibles (Hirschman, 1995: 244), y se formulan en constructos esencialistas, absolutos y maniqueos, como dilemas existenciales. Ninguna suma de intereses discretos es equivalente al total de la expectativa que la definición esencial promete, como enseguida se verá.

Debo hacer un inciso de carácter teórico para aclarar estos extremos. He aproximado la expresión «conflicto vasco» a «choque de civilizaciones»; podrían añadirse en la lista, entre otras, «Judenfrage» (la cuestión o el problema judío), «la tierra sin pueblo» del sionismo o la «Antiespaña» del nacional-catolicismo. Lo que tiene en común esta categoría de formulaciones es que definen y circunscriben un problema social. El término «problema social» se refiere, según el sociólogo Ronald J. Berger (2002: 16-17), a quien sigo en este párrafo, a «una condición social que es percibida como conflictiva o injusta, y a la expectativa o esperanza de que se puede hacer

algo para resolverla». Tendemos a suponer que los problemas sociales son el producto de condiciones objetivas existentes en la sociedad. Pero no podemos pasar por alto, sigue Berger, que los problemas sociales son también producto de definiciones subjetivas, es decir, de la forma en que interpretamos y dotamos de sentido al mundo. De acuerdo con el enfoque del constructivismo, los problemas sociales son «las actividades de individuos o grupos que articulan declaraciones de agravios y reivindicaciones en relación con una supuesta condición». Desde esta perspectiva, los problemas sociales no son propiamente una condición, sino «una actividad que consiste en identificar y definir problemas, en convencer a otros de que hay que hacer algo al respecto y en elaborar programas concretos para una acción compensatoria». Los constructivistas observan que los problemas sociales tienden a evolucionar a través de una secuencia de fases que implican el despliegue de reivindicaciones sobre los problemas y la formulación de soluciones; se trata de un proceso que no es teleológico, como quieren las formulaciones esencialistas, sino dialéctico, muy sensible a la estructura de oportunidades políticas, como ilustra el tema que me ocupa. Berger ha explicado el proceso de producción del Holocausto (la secuencia condensada en los términos *Judenfrage* —cuestión judía—, *Judenjagd* —caza de judíos—, *Judenfrei* —libre de judíos—) como un paradigma del funcionamiento de otros problemas sociales. «Lo que confiere el carácter banal a la construcción del “problema judío” y su Solución Final —asegura— es la forma en que su historia natural se asemeja a la de otros problemas.»

Vale la pena tomar en consideración las sugerencias de Berger, entre las cuales hay que incluir, para la comprensión dialéctica del desenvolvimiento del problema, las reacciones de una retórica fanática de sentido contrario. En todo caso, para el tema de este escrito, se observa que la ética queda negada y anegada por la fuerza persuasiva y performativa del rótulo del conflicto político vasco. La continua repetición de clichés de este tipo, asegura Horkheimer (1986: 169), «embotan los modos de reacción, confieren a las perogrulladas una especie de naturalidad y dejan fuera de combate las resistencias de la conciencia crítica». En tal sentido se hace patente la necesidad de deshacer el giro copernicano: no es el conflicto el padre de la violencia, sino al revés. El conflicto puede perseverar en su existencia simbólica sin ETA, pero ETA no puede asegurar la suya, la estrictamente biológica y material, sin él. Como admitía desde los bastidores Txema Montero (*El Mundo*, 18/04/99), la violencia es el atajo, la ventaja comparativa del abertzalismo radical. En sus comienzos la violencia era el título supremo de radicalidad revolucionaria, como la etnificación del discurso lo es de devoción patriótica. El «conflicto» es la tramoya retórica, la causa sublime, que la enmascara.

Hay muchos países con tensiones identitarias. No hay ninguno ya en nuestro contexto geográfico que haga de ellas un campo de batalla, por no entrar en el análisis comparado del grado de competencias que ejerce cada cual. Y que, además, sostenga —al parecer sin sombra de ironía o sarcasmo—, desde el círculo próximo a los perpetradores, que una bomba que produce dos muertos y convierte en una escombrera una infraestructura pública de enorme poder simbólico es compatible con la vigencia de un alto el fuego permanente. Sólo una intoxicación ideológica puede metabolizar tales productos.

Observamos en estas formulaciones de condensado esencialismo una solemnidad, un pathos sublime, que resulta incompatible, como señala Amos Oz a propósito del fanatismo (2003: 32-33) y como evoca la cita preliminar de Horkheimer, con el sentido del humor. Las connotaciones de un conflicto declamado en mayúsculas metafísicas le confieren los atributos de una entidad platónica, ideal y a la vez causa eficiente de las realidades existentes. Sólo que aquí se trata de valores negativos. El conflicto tiene estas características: que es destructivo salta a la vista. Que es mito requiere acaso alguna elaboración. El carácter mítico se sustenta en su sentido literal en un rasgo compartido por los nacionalismos del que Hobs-

bawm ha dado cumplida cuenta: se superpone sobre la silueta de un pasado que nunca existió; de otra manera, es un ejercicio de ventriloquia retrospectiva que pide la indemnización y los intereses adeudados por un destino robado. Nos encontramos, en palabras de Wiewiorka (2004: 225), ante una sensibilidad encerrada en «un mito que habla de una nación oprimida lo mismo hoy que ayer, de un pueblo socialmente víctima de España y de una aspiración a la emancipación política que la democracia española estaría empeñada en negar».

Pero puede uno intentar asimismo formularlo a contrario. ¿Sería capaz alguno de los creyentes en el carácter fundante del conflicto de dibujar con algún grado de concreción un paisaje postconflicto? ¿De delinear un estado de hechos que satisfaga la plenitud existencial del Pueblo Vasco? ¿De enumerar el conjunto de condiciones necesarias y suficientes para alcanzar esa meta que se desplaza como el horizonte cada vez que se alcanza la que ayer mismo era su emblema? ¿De establecer las metamorfosis precisas para declarar solemnemente: «Ayer ha quedado resuelto el “conflicto histórico vasco”»? ¿No recuerdan los proponentes del apocalipsis cotidiano que ésta se auguraba ayer desde la profecía de la desaparición de la lengua? ¿Puede razonablemente mantenerse la misma definición de la situación para un contexto de ausencia de libertades, de asfixia de elementos culturales e identitarios, que para otro, que no sólo garantiza lo anterior sino que institucionaliza un poder autonómico, que permite al nacionalismo gestionar los intereses de la colectividad y promover las señas identitarias? Tales preguntas no son ejercicios de estilo. Tienen consecuencias prácticas. Por un lado, esta definición de la situación en la que el conflicto desempeña el papel de hipóstasis fundacional no permite otra salida que la que puedan proporcionar unos poderes sobrenaturales: soluciones taumáticas. Ninguna medida concreta, ni desde luego esas tan impostadas en el discurso —consultas incluidas— aunque se llevaran a cabo, haría desplazarse una raya el fiel de la balanza del conflicto. Porque, como he afirmado, en esta definición el conflicto es consustancial en tanto que la propia existencia del sujeto es parasitaria (de la afirmación) del conflicto. Cuando se sostiene, con Patxi Zabaleta, que «Euskal Herria existe porque nuestros antepasados lucharon contra los romanos, los godos, los francos, los árabes, los castellanos y todos los que por aquí han pasado» (en Goñi y Rodríguez, 1979: 369-372), hay que inferir que la existencia es inseparable del antagonismo y que por tanto el conflicto es un elemento definitorio en los términos míticos que vengo señalando.

La otra consecuencia es menos literaria: en la medida en que esta concepción del conflicto inspira el contenido de la normalización, relativiza correlativamente el peso de la pacificación, un aspecto que completa lo dicho más arriba a propósito de la asimétrica relación entre violencia y conflicto. La mitificación del conflicto devalúa a las víctimas de la violencia. Como justificación del atentado de Barajas del 30 de diciembre del 2006, nos aclaraba ETA que «los dirigentes del Gobierno español deberían saber que no podrán construir un proceso de paz manteniendo los límites políticos que han generado el conflicto», y añadía que tal situación «no servirá sino para alimentar el conflicto y extender tiempos nuevos de enfrentamiento». El problema estriba en que esta visión determina el contenido de la «normalización», pues, en efecto, mientras exista colisión de placas tectónicas habrá seísmos y erupciones volcánicas, y cuando se produzca el reacomodo, el sol de la paz barrerá desde Oriente las cenizas de la violencia. Y se agrava porque la formulación es reversible: si hay violencia tiene que haber un mal radical al que ésta da la réplica, en una aplicación del principio de razón suficiente elocuentemente escarnecido en el más célebre cuento de Voltaire. Puesto que la violencia es síntoma inequívoco de la existencia de un conflicto, mientras haya violencia es que hay conflicto y, por tanto, anormalidad de fondo, haya instituciones autonómicas, banderas y lengua propia, y cuantas instancias de soberanía material uno pueda colocar sobre el platillo. Un círculo vicioso perfecto. Pero poco respetuoso con los datos. Veámoslo.



Una manera de determinar la congruencia entre dos variables es el índice de correlación. Partamos de las premisas complementarias de que la violencia es un subproducto del conflicto y que éste se expresa en una falta de reconocimiento del sujeto afectado. Establezcamos indicadores de reconocimiento: grados de instituciones autonómicas, de protección a los marcadores identitarios para dos conjuntos dobles de datos. En el espacio, comparemos las muestras de cada uno de los lados de los Pirineos: calculemos la correlación entre el gradiente de reconocimiento y la frecuencia de actos violentos. En el tiempo, comparemos el número de muertes después y antes del 78 con el gradiente de reconocimiento. No hacen falta métodos sofisticados. La correlación negativa salta a la vista. El mito se extiende a la propia denominación. ¿Cuál es el tipo de existencia de la entidad denominada Euskal Herria? ¿Conoce otras encarnaciones distintas de los mapas meteorológicos? ¿Cuál es el grado de presión que se ejerce contra el «opresor» de la identidad vasca por encima de los Pirineos? ¿Cómo es que cuestiones tan esenciales resultan tan vulnerables a las coordenadas geográficas?

El conflicto es el referente último y, como tal, un impulsor eficiente del monocultivo identitario. Por eso es un mito.<sup>1</sup> Y ese mito histórico-metafísico demanda, como asegura Zulaika, un sujeto heroico y trágico, ETA. Recuerdo cómo evocaba Calvo Serer (1953: 752) la solución del problema de España: «mientras para los españoles sea un problema su conciencia nacional, estarán agarrotados, lánguidos, afanándose inútilmente en atormentarse. Por fortuna, hemos salido los españoles mediante un acto enérgico, tajante y claro, en 1936; desde 1939 España ha dejado de ser un problema». No me interesa del paralelismo más que lo que toca a la potencia estranguladora del mito. Volviendo al que nos ocupa, éste cumple sobradamente la regla de Russell (1998: 199): «La mayoría de los mitos que han inventado los hombres han añadido sufrimientos imaginarios a los que ya había reales». Los sufrimientos están a la vista, pero el mito los vela. «La violencia —declara Zabaleta en la entrevista citada— no es reducible a actos, ni a consecuencias; la violencia no es tampoco reducible a niveles de responsabilidad personal o individual, a niveles éticos o morales. La violencia [...] es un elemento inherente y permanente en la sociedad en que vivimos.» Algo así como un subproducto de la meteorología del conflicto. La hipóstasis del conflicto aboca a la neutralización ética de la violencia. El narcisismo nos vuelve ciegos. Así lo ve también Javier Villanueva (2007):

¿Es realista plantearse que ETA y su «entorno» pierdan toda esperanza de justificación en una parte significativa de la sociedad, habida cuenta de la cobertura que frecuentemente le presta un relato nacionalista vasco que carga la mano en dramatizar el demonizado «problema nacional vasco» y en concebirlo (¡todavía!) de un modo épico y agónico? A mi juicio, no hay duda de que no es realista.

## 2 ¿Sifones o vasos comunicantes?

Hospeda el espacio vasco a una vasta red del tercer sector ocupada en temas de paz y derechos humanos, que ha dedicado muchos y valiosos recursos a la elaboración de propuestas para sacar a la sociedad vasca del túnel de la violencia. Vale la pena echar un vistazo a su contribución al asunto que nos ocupa. El ámbito del pacifismo ha producido, como le corresponde, una considerable literatura sobre conflictología. A la vez, una parte de los nuevos movimientos sociales se nutre, en la versión de la movilización, de la filosofía de la paz

y los derechos humanos. Si en un análisis comparativo se observa, por ejemplo, la proporción de miembros de los movimientos pacifistas en Israel, en Serbia y en el País Vasco, uno podría preguntarse cómo se compagina en el último la abultada nómina de activistas de la paz y los derechos humanos con la cotidianidad de la violencia política en toda la gama de intensidades. La respuesta de Jonan Fernández, después de darnos a conocer que Lokarri reúne a más de 150.000 personas y diversas organizaciones (2006: 19) —calcúlese lo que representan tales cifras en términos relativos—, es que «la sociedad vasca se ha movilizadado como pocas contra la violencia, los atentados, las injusticias y a favor de los derechos humanos y las víctimas» (2006: 266). En la misma vena, Gorka Espiau (2006) asegura que «las organizaciones pacifistas han jugado un papel vital creando las condiciones para un proceso de paz». Sospecho que es éste un asunto que no ha recibido la atención necesaria. Lo que aquí me propongo no es más que un trazo de brocha gorda dirigido a sugerir unas líneas de interpretación, y de ninguna manera pretende presentarse como un estudio de los movimientos sociales, ni siquiera de aquellos que recibirán más atención; sino más bien como ilustración de una problemática que afecta a un sector amplio de la sociedad. En la medida en que voy a destacar ciertos aspectos críticos, me interesa dejar claro desde el principio que en ningún modo ello significa desacreditar la labor que muchos colectivos y movimientos sociales llevan a cabo, ni siquiera toda la labor realizada por este subgrupo, y, en segundo lugar, que mis observaciones están, faltaría más, sujetas al principio de falibilidad.

Formulo mi hipótesis de manera cruda: hay ciertos datos que hacen pensar en algo más que afinidades electivas, en una especie de alianza de hecho entre las fuerzas políticas hegemónicas representadas en el Gobierno y ciertas organizaciones del ámbito de los movimientos sociales. Me apresuro a añadir que no estoy sugiriendo ninguna hipótesis conspiratoria, ningún complot tramado desde un centro oscuro y omnipotente. Simplemente aventuro que hay productos convergentes y que esos resultados pueden explicarse en términos sociológicos sin invocar ningún *deus ex machina* del panteón paranoico. Si el sector no lucrativo concibe la insuficiencia de recursos como la primera de sus disfunciones y sitúa en tercera posición (34,1 y 14,8%, respectivamente) la lucha frecuente con otras organizaciones por recursos, no es disparatado suponer que esa competencia por unos recursos escasos aliente la adopción de estrategias tendencialmente ventajosas. Que el 8,9% de los implicados declare «manifestar servidumbre ideológica», una cifra previsiblemente deprimida en razón de la defensa perceptiva —la tendencia inconsciente a no «ver» lo que de hacerlo nos perturbaría—, parece abonar esa tesis (Ruiz Olabuénaga, 2004: 131).

Para abreviar describiré mi línea argumental con la figura de los vasos comunicantes, en oposición a la figura también hidráulica del sifón que sirve de emblema a la versión más extendida, representada por los testimonios militantes de Espiau y Fernández, ya citados, o por la línea sociológica de Funes. Para esta autora: 1) hay una complementariedad entre los movimientos pacifistas vascos, especialmente entre Gesto por la Paz y Elkarri (1998: 506), 2) Elkarri opera como un sifón que avena recursos y apoyos del área de influencia de ETA, 3) el trasvase de recursos y la deslegitimación de la violencia corresponde a lo que McAdam denominó un proceso de «liberación cognitiva». Con el respaldo del dato fehaciente de la persistencia de la violencia, la metáfora de los vasos comunicantes (Calleja [1999: 252] recoge la misma idea cuando se refiere a una «estrategia de respiración boca a boca del nacionalismo democrático al nacionalismo violento») pone en entredicho esas tres asunciones. De acuerdo con la hipótesis del sifón, las organizaciones de la sociedad civil, en particular el sector pacifista, han encabezado una movilización contra la violencia que ha desembocado en la liberación cognitiva del marco del miedo impuesto por ETA, dando paso a un consenso alternativo que se sustancia en una mayoría opuesta a la

violencia y decidida a expresar su oposición. Ahora bien, de acuerdo con su formulador, la noción de liberación cognitiva implica una metamorfosis conceptual en un sector significativo de la población (McAdam, 1982: 51). Lo que me atrevo a aventurar es que esa transformación conceptual será sólo parcial mientras se mantenga el marco de referencia, vale decir, mientras la estructura profunda venga definida por el código del conflicto, en los términos en que ha sido descrito más arriba. En otras palabras, creo que es compatible formalmente una posición partidaria nacionalista y soberanista con una preparitaria de rechazo a la violencia, y que hay personas que son capaces de defender ambas posiciones, pero, para añadir acto seguido, que en términos de eficacia discursiva el subrayado del triángulo soberanismo-anomalía-conflicto impone enormes limitaciones a la hora de descalificar acciones criminales que se justifican desde supuestos ideológicos contruidos con materiales de la misma cantera. Y esta observación invita a distinguir, en mi análisis, el pacifismo nacionalista —que en adelante denominaré naciopacifismo— no sólo de grupos como Basta Ya o el Foro de Ermua, sino, y es lo que me interesa en la medida en que se dirige a una audiencia potencial de simpatizantes nacionalistas, de Gesto por la Paz.

Más allá de mis apreciaciones, hay señales que denotan estas diferencias. A pesar de que en un llamamiento firmado por Elkarri y Gesto por la Paz el 25 de mayo del 2004 se hablaba de desarrollar acciones conjuntas, no hubo ninguna iniciativa de esa naturaleza, muy probablemente por las dificultades que entrañaba su puesta en marcha. ¿Dónde residían esas dificultades? A mi modo de ver, en la posición en torno al conflicto: si para Elkarri, como veremos, la normalización era el dato básico, para Gesto lo es la pacificación; por eso Isabel Urkijo puede expresar una oposición categórica («No en mi nombre», *El Correo*, 03/06/05), mientras que las descalificaciones del naciopacifismo suelen ser «contextualizadas», duales. La estructura profunda separa ambas gramáticas. Las manifestaciones que organiza Gesto por la Paz cada Navidad en apoyo a las víctimas con la pancarta «No en mi nombre» no son compatibles con una gramática codificada en torno al conflicto. Se trata ni más ni menos que de establecer si pacificación y normalización son dos aspectos complementarios de una misma realidad (vasos comunicantes) o si, por el contrario, deben ser tratados de forma independiente (condición para el funcionamiento del sifón). Fabián Laespada, coordinador de Gesto por la Paz, lo expresaba así dirigiéndose a las fuerzas políticas: «*Me gustaría escucharles que asumen el discurso de la separación de conflictos: en Euskadi tenemos un problema de violencia terrorista y otro de conflicto político que debemos resolver*», y, añade, «*esa separación de discursos es necesaria porque no se puede conceder rédito alguno a la violencia, porque no se puede conceder nada a cambio del alto el fuego*» (en Elkarri, 2002: 87).

Veamos algunos detalles de este subsector del movimiento por la paz. Elkarri, «un movimiento social por el diálogo y el acuerdo», surgido en el área de influencia de la izquierda nacionalista, era un grupo que describía su orientación como «científica», basada en la metodología de la resolución de conflictos. Concebía el final de la violencia como un objetivo estratégico, no como una convicción moral. Su meta era la mediación social dirigida a transformar el conflicto en diálogo. Trataba de convencer a una parte de la sociedad de que debía abandonar la violencia y a la otra de que debía adoptar decisiones políticas para ayudar en el camino (Funes, 1998: 503). Fue firmante del Pacto de Estella/Lizarrá, acordado por todas las fuerzas nacionalistas e Izquierda Unida/Ezker Batua. Las condiciones de reconciliación le llevaron a auto-disolverse y dar paso a Lokarri, un movimiento encaminado a «*culminar el proceso de paz en esta nueva etapa*» (Fernández, 2006: 19). Hay otros dos legados visibles de Elkarri. Jonan Fernández, la cara más conocida de Elkarri durante trece años, se convierte en el primer director del recién fundado Baketik, Centro por la Paz de Aranzazu, una institución promovida por los franciscanos para «divulgar y promover el

aprendizaje en la elaboración ética de los conflictos». Desde su privilegiada posición, Jonan Fernández —un líder carismático, con enormes dotes organizativas y una indiscutible competencia para la puesta en escena— es un claro exponente de la tesis de los vasos comunicantes. «*El problema no es ETA —asegura—, el problema desde el punto de vista social y político es que hay un porcentaje muy significativo de la sociedad que se sitúa al margen de las reglas de juego [...]. Ése es el gran problema político para la convivencia*»; lo que quiere decir que el otro es menor, una buena ilustración del contenido de la estructura profunda, vale decir, del régimen imaginario del conflicto. Hay una interdependencia entre ambos: «*el diálogo sigue siendo una herramienta imprescindible para resolver el verdadero problema político y porque, además, eso ayudará a que el problema de la violencia se reduzca o se elimine*» (*Deia*, 05/08/07). De modo que la violencia es un subproducto del conflicto. Compárese la posición de Gesto por la Paz, dos meses antes:

*Durante años, se ha presentado la violencia terrorista como la consecuencia necesaria de un conflicto político irresuelto y se ha transmitido que se ejercía en nombre del pueblo vasco. La existencia de un conflicto por largo y difícil que sea, aquí y ahora, no implica necesariamente el uso de la violencia para su resolución. Por lo tanto, rechazamos radicalmente el argumento de que el terrorismo no es un problema en sí mismo, sino una consecuencia directa del contencioso político cuya solución es el precio que tenemos que pagar por la desaparición definitiva de la amenaza de la violencia. Así pues, desde Gesto por la Paz defendemos la separación entre la resolución del problema de la violencia, de la resolución del conflicto de identidades de carácter político; en primer lugar, porque uno no es consecuencia necesaria de otro sino que el uso de la violencia ha sido fruto de una decisión errada; y, en segundo lugar, porque es imprescindible en un sistema democrático no justificar la violencia como herramienta política ya que de esta manera afirmáramos las bases de una democracia sólida. (Nota de prensa, 12 de junio del 2007)*

No extraña la dificultad de diseñar acciones conjuntas partiendo de premisas tan alejadas. La ambigüedad estratégica también tiene límites. Volvamos al legado de Elkarri. Jonan Fernández no es el único militante que ha sido reclutado para altas tareas. Gorka Espiau, que fuera director de la revista durante varios años y coordinador de áreas de Elkarri durante más de una década, tras pasar por el Instituto por la Paz de Estados Unidos (USIP), entra a trabajar como asesor del lehendakari, precisamente coordinando la iniciativa de participación ciudadana Konpondu.net, que había sido concebida y propulsada desde Lokarri. De modo que la «*nueva mayoría*» resultante de la «*liberación cognitiva*» a que se refiere Funes (1998: 508) no se articula precisamente sobre la línea de oposición categórica a la violencia. Lo que reduce el potencial de desautorización asegurando un suelo inaccesible al sifón. Al sucesor de Josu Jon Imaz, Iñigo Urkullu, le debo la inspiración del título de este trabajo: «*Entre paz y autodeterminación hay vasos comunicantes*», aseguró confirmando el giro copernicano de su partido (*El País*, 09/12/07). O sea, que mientras haya aire en el vaso de la normalización, no le faltará oxígeno al pulmón de la violencia. Y la normalización es ella misma, por definición, un proceso abierto, como abiertas son las dos cuestiones en las que se sustancia: autodeterminación y territorialidad. ¿Se puede drenar la legitimidad del discurso radical partiendo de estos supuestos, que son los de la banda? ¿Cabe una «liberación cognitiva» desde este suelo semántico compartido? La salida de Imaz proporciona algunas claves sobre la lucha por el contenido de la estructura profunda de la gramática nacionalista en el seno del PNV.

La metáfora de los vasos comunicantes da para otras lecturas. Según una de ellas, el propio tercer sector provee recur-

sos para ese espacio interconectado y lo hace al menos por dos vías. En términos de definición de la situación, diseñando guiones y léxicos que son asumidos por las fuerzas políticas nacionalistas y presentados como un ejercicio exquisitamente democrático de escucha social. Creo que no es exagerado atribuir a los sectores del naciopacifismo la función de *think tanks*. En términos de legitimación, recabando apoyos nacionales e internacionales a las iniciativas propias y favoreciendo el silencio sobre las que resultan críticas. Como digo, se trata aquí de unos trazos gruesos que demandan análisis más detallados. Trataré de ofrecer un ejemplo adicional favorable a la hipótesis general. El núcleo duro de la «hoja de ruta» no es otro que esa promesa de doble consulta a la sociedad. Jonan Fernández se posicionaba con respecto al discurso afirmando que «**lo que no parece de recibo es la negativa a dialogar y negociar, y eso es lo que no se entiende**», a la vez que auguraba que la detención de miembros de Batasuna «**acarreará el agravamiento de la situación**» (*Europa Press*, 05/10/07). Jonan Fernández había presidido los destinos de Elkarri hasta su conversión en Lokarri. El 27 de abril del 2007 este grupo presentó una campaña de recogida de firmas realizada por la adhesión de 100 personalidades. (El lector sacará sus propias conclusiones indagando sobre las trayectorias de las 100 personalidades firmantes.) En el documento de presentación de esta iniciativa leemos:

**Los partidos políticos deben intensificar el diálogo para alcanzar un acuerdo sobre una hoja de ruta que permita reconstruir el proceso de paz. [...] La sociedad vasca ha reiterado en numerosas ocasiones su deseo de poner fin a la violencia, de abrir un proceso de diálogo sin exclusiones y de alcanzar un acuerdo plural de convivencia. Esta voluntad ciudadana debe ser respetada y con este fin, queremos reivindicar que se convoque una consulta popular que permita un pronunciamiento claro, expreso y democrático respecto a los principios que deben guiar nuestra convivencia.**

Este documento incluye asimismo, en su declaración de principios, la afirmación de que «**nuestra sociedad tiene la capacidad y la voluntad de decidir sobre su futuro sin vetos, ni imposiciones y mediante procedimientos exclusivamente democráticos. Esta voluntad debe ser políticamente respetada y legalmente encauzada**». Sigamos con las concomitancias. A comienzos del 2007 el Gobierno vasco constituyó un grupo permanente de asesores internacionales formado por Albert Reynolds, Roelf Meyer, Joanna Weschler, Andrea Bartoli y Harry Barnes. Reynolds era una de las cuatro personalidades europeas presentadas por Elkarri en junio del 2001 en apoyo a una Conferencia de Paz para la que esperaba conseguir el apoyo de 40.000 personas. En mayo del 2004 se había celebrado en San Sebastián el I Congreso Internacional por el Derecho Humano a la Paz, en el que participaron Joanna Weschler, Roelf Meyer y Jonan Fernández. Por su parte, Bartoli y Barnes habían participado en un «Seminario internacional sobre el conflicto vasco», organizado por Elkarri en noviembre del 2004. En este acto intervino también Cynthia Irvin, quien es uno de los diez expertos que aparecen como promotores de Euskal Herria Watch. Bartoli y Barnes son dos de los cuatro autores del informe *Construyendo la paz: el desafío de pasar del deseo a la práctica* (noviembre 2007), que aparece en el índice principal de la página Konpondu.net, iniciativa de la Lehendakaritza para promocionar la propuesta contenida en el discurso de septiembre.

Prosigamos espigando convergencias. En su intervención en San Sebastián a mediados del 2004, el que había de ser director de Baketik sostuvo que el derecho humano a la paz debe integrar cuatro «fragmentos» concebidos como derechos sociales de resolución de conflictos: el derecho social a la no violencia, el derecho al diálogo plural, el derecho a que la sociedad sea escuchada en una consulta celebrada «**dentro de un marco inequívoco de procedimientos democráticos**» que

sirva para desbloquear las situaciones cronificadas, y el derecho a que se implementen políticas humanizadoras (*Revista Elkarri*, 105, 01/06/04). Como se observa, el tercer fragmento aparece literalmente transcrito en el discurso del presidente, incluida la metáfora del bloqueo. El propio Fernández ha reafirmado sus palabras acercándolas a nuestra situación en el libro *Ser humano en los conflictos*; allí postula «**el derecho social a que la sociedad sea escuchada, es decir, a que la ciudadanía afectada por un conflicto sea consultada democráticamente sobre cómo quiere que sea el futuro o se desbloquee el problema que la afecta**» (2006: 333). Lokarri y Baketik, con funciones diferenciadas pero convergentes, utilizan tras la ruptura de la tregua el argumento de curso legal en los ámbitos gubernamentales de que la paz es irreversible y que por tanto no hay que dejar a ETA marcar la agenda. Parece como si determinadas ideas y propuestas circularan por vías paralelas para acabar confluyendo en una misma estación de destino.

## 3 Amplificadores y silenciadores

Vayamos al apartado de la legitimación. Es claro que los asesores internacionales desempeñan este papel y que su intervención tras el atentado de Barajas contribuyó a enmarcar la definición de la situación en los términos que el lehendakari y estas organizaciones afines han venido manteniendo. Una entrada de *Gara* (01/02/07) citaba a Roelf Meyer como portavoz de los cinco asesores, asegurando que la acción de ETA (el atentado de Barajas) «**supone una nueva oportunidad para fortalecer el proceso de paz y permitir nuevas negociaciones**». Y no está de más recordar que estos expertos internacionales no son elegidos en una convocatoria abierta sino a través de las redes de influencia de la diáspora vasca. Preguntado acerca de cómo se consigue contactar con gente como Harry Barnes, Alec Reid, Roelf Meyer o Danielle Mitterrand, contesta Gorka Espiau:

**Elkarri siempre ha accedido a estas personas a través de terceras personas que se ofrecen a abrir el contacto [...]. Es increíble la cantidad de personas que en un país tan pequeño como el nuestro tienen relación con personalidades de primer nivel a escala internacional. Allá donde vas siempre hay algún vasco en lugares clave dispuesto a echar una mano. [...] Posteriormente, estas personas siempre conocen a otras que son igual de interesantes.**  
 (<<http://elkarri.org/es/actualidad/entrevistas/object.php?o=2209>>, diciembre 2005)

Las voces de este pacifismo extienden su influencia por otras vías: ciertos movimientos sociales del ámbito de los derechos humanos con los que comparten el lenguaje, otros del ámbito radical con los que comparten una vaga querencia antisistema y otros de una cierta izquierda con los que comparten los rescoldos vividos o evocados de la lucha contra la dictadura. (Una tercera vía de influencia pasa por la solidaridad con pueblos oprimidos —Palestina, Kurdistan o Sáhara son buenos ejemplos— a cambio de un aval social para su propia causa. No faltan las invitaciones desde instancias oficiales a organizaciones reconocidas internacionalmente en el ámbito de la paz y los derechos humanos, pero a menudo se esquila el testimonio que representan en cuanto que se han ganado ese reconocimiento por ir contra la corriente de sus etnonacionalismos correspondientes, como los pacifistas israelíes o de los Balcanes.)

Son estas conexiones las que hacen de amplificadores cuando el viento sopla en la dirección apropiada. Así explica



Espiau, ahora desde el USIP (2006: 8), la inactividad de ETA: «Si ya resultaba difícil para ETA justificar sus actividades violentas en el campo internacional antes de los ataques [del 11 de septiembre], hoy es prácticamente imposible [...] porque sería asociada con organizaciones como Al Qaeda [...] y ETA no quiere ser juzgada de una forma tan negativa». Y en virtud de las conexiones citadas encontramos a grupos con una ejemplar ejecutoria de solidaridad con los oprimidos que prestan su caja de resonancia, abandonando la sospecha que les sirve de divisa con razón frente a todo lo «políticamente correcto», a estas voces que se valen de la retórica para dar el gato etnicista por la liebre de la solidaridad. Y es éste el mismo proceso que da cuenta del silencio cuando el viento sopla de cara. Nos encontramos así ante un impacto brodingnagiano en la fase favorable y liliputiense en la desfavorable. Cuando llegan los atentados, los defensores del diálogo inclusivo, de la no exclusión, del «sin vencedores ni vencidos», se esfuman o se contentan con declaraciones poco más que testimoniales, sin esa convicción que se observa en el momento de viento favorable. Veamos un ejemplo: numerosas voces que, con motivada esperanza, se hicieron oír en la fase de «alto el fuego permanente», enmudecieron tras el atentado de Barajas, y han vuelto a activarse cuando han sido detenidos miembros de Batasuna, pero han preferido el perfil bajo ante el atentado contra Gabriel Ginés; un hecho que desde medios próximos habían en cierto modo descontado como subproducto de lo anterior, de acuerdo con la lógica hidráulica de los vasos comunicantes. Esto se explica en parte porque ciertas afinidades electivas plantean problemas muy serios a los grupos para emitir condenas a los atentados; en ocasiones se producen escisiones —situaciones no propicias para redactar declaraciones de condena proporcionales a las de sentido contrario de la fase ascendente—, en ocasiones se sacrifica el testimonio a la pervivencia del grupo, un elemento importante dado el componente de sociabilidad cálida de muchos de estos colectivos.

Las vicisitudes de Ahotsak ilustran lo que quiero decir; y distan de ser un caso aislado. El dato tiene relevancia por cuanto implica a otro de los grandes sectores de los movimientos sociales, el feminismo. Conviene aclarar que la relación de esta organización con el feminismo es análoga a la de Elkarrri y sus epígonos con el pacifismo: son en origen actores políticos que han venido a ocupar el espacio de los movimientos sociales y a servirse o apropiarse de sus códigos. Al respecto quiero traer a colación el testimonio, verdadero *cri de coeur*, de una militante del grupo pacifista internacional Mujeres de Negro, Mujeres contra la Guerra: «La red de Mujeres de Negro de España no ha logrado por muchísimas razones, que no son anecdóticas, ni profundizar ni tomar posición ni pública ni internamente sobre el conflicto armado más dramático de la sociedad española». La autora, Idoia Romano (2007), encuentra la razón de este «enmudecimiento, disciplinamiento e inmovilización» en el peso de «un guión oficial vasco», entiende que «el conflicto vasco no es un conflicto vasco», cifra la esencia de dicho conflicto en «tener y construir un enemigo. En dividir el mundo en la lógica de víctima y victimario, donde los presos no sólo son salvadores de la patria, sino las víctimas del conquistador», y llama al «no en nuestro nombre» como «respuesta vital» frente a «esta estructura simbólica enviada que no parece susceptible de cambiar por ser a esta altura una coraza que vive de su propia autojustificación».

La resistencia a posiciones de este tenor y de esta lucidez, por lo menos a escucharlas y difundirlas, es un buen indicador de la fuerza de los silenciadores, activados por los mismos militantes que, con el cambio de marea, predicán el diálogo sin exclusiones.<sup>2</sup> Entiendo que el marco del conflicto no es ajeno al efecto silenciador. Los teóricos del sifón dan prioridad a las fases de calma y explican así la pérdida de apoyo a la violencia. Pero no tienen en cuenta el factor desmovilizador del guión en la fase de recrudescimiento. Gagnon (1996) ha argumentado cómo el conflicto étnico representado por el mito de Kosovo actuó como un potente desmovilizador contra las gue-

rras emprendidas por Milosevic. Allí también funcionó la comunicación entre los vasos de la normalización —el guión identitario de la Gran Serbia— y de la pacificación, imponiéndose el primero sobre el segundo. Quiero relatar dos anécdotas que ilustran el diferente peso relativo de estas lealtades. Cuando interviene el portavoz de la ilegalizada Batasuna en el VII Congreso de Eusko Alkartasuna (EA), un pequeño grupo de militantes le silba. Pero esas muestras de desaprobación son rápidamente acalladas por los aplausos de la mayoría de los compromisarios. Minutos antes, todos los asistentes habían apoyado la condena al atentado de Sestao poniéndose en pie mientras aplaudían, salvo el dirigente de Batasuna y su compañera, que permanecieron sentados (prensa del 17 de diciembre del 2007). El peso respectivo de las lealtades aparece reflejado en la escala de principios enunciados por el nuevo presidente de EA, Unai Ziarreta: el primero es «dar la palabra a los ciudadanos», el segundo, el diálogo como método para solucionar los conflictos, y, en tercer lugar, «que todos los derechos humanos merecen respeto absoluto» (*Deia*, 17/12/07). La segunda anécdota tiene como escenario el ayuntamiento de Arrasate-Mondragón, donde sería asesinado Isaías Carrasco tres meses después. Allí, concejales de ANV, PNV, Ezker Batua-Berdeak, EA y Aralar rechazan una propuesta socialista que pedía «todo el peso de la ley» contra los asesinos de dos guardias civiles. «¿Todo el peso de la ley...? —replica uno de los concejales del PNV al portavoz socialista—, eso es muy fuerte. ¿Cómo vamos a apoyar nosotros eso?» Sin embargo, el pleno sí aprobó una moción de apoyo a los encarcelados del proceso 18/98 (*El País*, 16/12/07).

Las anécdotas podrían multiplicarse porque discurren por la pendiente del guión. En buena lógica hidráulica la legitimidad que se hurta de un lado se devuelve por el otro. El guión del conflicto achica el espacio de la denuncia, establece límites estrictos a la erosión de legitimidad, porque no sólo no busca establecer una línea de separación con las hiladas de la violencia sino que se opone decididamente a ello cuando alguien lo intenta. Por eso, ante las medidas policiales o judiciales, el sistema de amplificadores-silenciadores funciona al revés. Una detención es atribuida con todos los decibelios posibles a la panoplia neofascista, la persecución del pensamiento, la politización de la justicia o el estado de excepción. Es decir, la deslegitimación a priori de las instituciones del Estado. Esta labor de deslegitimación es un elemento que atraviesa la geografía del nacionalismo: democracia formal, democracia de baja intensidad, neofranquismo, juicios políticos y consideraciones análogas acompañan, a menudo sin esperar a conocer las pruebas y a formular luego las correspondientes denuncias si procede, la adopción de medidas contra los sectores relacionados con la violencia. Y así, llega a no causar extrañeza que la presidenta de EA, un partido en el Gobierno vasco, se despidiera de su cargo con un llamamiento a la desobediencia civil (*Diario Vasco*, 17/12/07). Y el mismo lehendakari en su contribución navideña a través de blog a Konpondu.net (24/12/07) presenta esta disimétrica amalgama al servicio de su concepción de la «espiral sin fin»: «Toda esta violencia nos devuelve al pasado. Amenazas, extorsiones, ilegalización de las fuerzas políticas, sentencias judiciales que de jurídicas tienen poco y de impulso político tienen mucho, dispersión de presos, muerte de sus familiares en accidentes cuando van a visitarlos a las cárceles. Negación del diálogo como fórmula para resolver los problemas...». Vale la pena observar el reparto y contenido de los lotes: dos piezas en el primero y cinco, más las indeterminadas sugeridas en los puntos suspensivos, en el segundo; por si fuera poco, el segundo merece valoraciones cualitativas que están ausentes del primero. Es decir, el principio democrático del conflicto derrota abrumadoramente al principio ético del problema. Para completar el muestrario y evitar agravios comparativos debo incorporar al tercer componente del Gobierno. El coordinador general de Ezker Batua-Berdeak, Javier Madrazo, nos facilita enormemente la tarea; observa no sólo la habitual «baja calidad» de la democracia, sino una «involución democrática del PP y del PSOE»; declara que

su formación «ha tenido una posición muy comprometida con la paz en Euskadi y ha nadado a contracorriente», pero no hay una sola referencia a los amenazados, que, acaso por casualidad, proceden de las listas de los involucionistas (*El Correo*, 24/12/07). (Como se ve, no hace falta una exploración extendida en el tiempo para extraer avales de peso para ilustrar la hipótesis que defiendo, un dato relevante desde el punto de vista de la lógica muestral.)

En definitiva, algunas organizaciones que se ubican en el ámbito de la paz —también feministas, ecologistas y de derechos humanos— han manifestado una pauta de actividad muy diferente en ambos momentos. Importa añadir que las fases de silencio son las que aprovechan las voces de un extremismo de otro signo, vinculadas a veces al más rancio y fanático nacionalismo español, para amamantar los micrófonos huérfanos —los mismos que, simétricamente, activaron en el pasado los silenciadores ante la violencia ejercida por aparatos vinculados al Estado—. Y apropiarse simbólicamente de las víctimas, abandonadas en el silencio ensordecedor y el letargo correspondiente. Esta acción combinada de amplificadores y silenciadores sobre la acción violenta y sobre las medidas adoptadas contra ella por el Estado resulta de una enorme eficacia.

## 4 Ley de gravitación nacional

Cabría entonces conjeturar que ciertos mensajes no son bienvenidos al programa por defecto de los amplificadores. El desistimiento y la inhibición responderían en parte a la falta de congruencia de la causa de la movilización con ese guión director. Habría un indicio sociológico a favor de esta interpretación. Aunque los colectivos por la paz del País Vasco han conocido tensiones internas, la impresión es que el sector del naciopacifismo las ha sufrido en menor grado y ha gozado de ventajas comparativas para la difusión de sus iniciativas. La dialéctica entre movilización y desmovilización remite en última instancia a una pregunta elemental pero determinante, en la medida en que no se puede procesar a los electorados: ¿por qué siguen los seguidores? Me parece atinada al respecto la propuesta de Kershaw (1999: 528) como salida al debate entre funcionalistas e intencionalistas a propósito de las razones de los alemanes para colaborar con el nazismo; aunque los contextos no son en absoluto comparables y las diferencias sobrepujan con mucho a las afinidades, lo que puede aprovecharse de ello es la idea de que, cuando se asienta un guión hegemónico, se genera una dinámica que favorece las iniciativas que van en esa dirección, un campo gravitacional que prefigura las trayectorias de los objetos presentes en el espacio de referencia. De manera que son atraídos hacia el centro inercial del sistema. En el caso que nos ocupa hay tres piezas que contienen la densidad suficiente para optar al puesto de centro inercial del sistema. Por un lado, el poder fáctico-militar de ETA en cuanto decide sobre las vidas y sobre la emoción determinante, el miedo. La presencia de ETA y su cohorte de delatores es un potente inhibidor de la movilización contra ella. Por otro lado, el poder cultural y simbólico, en la medida en que crea los discursos y las definiciones de la situación que orientan las conductas de la gente; los movimientos sociales desempeñan esta función. En tercer lugar, el poder político, representado por el nacionalismo gobernante, que dispone de un instrumento efficacísimo para estimular el trabajo en la dirección conveniente: es la principal instancia distribuidora de incentivos. La pregunta inmediata tiene que ver con la relación entre esos tres centros de poder. La figura de los vasos ya anticipa el tenor de la respuesta. He señalado las afinidades entre una parte del movimiento pacifista y el nacionalismo democrático. El meollo de la cuestión reside en la relación entre estos dos polos con el

representado por ETA y su entorno. Es obvio, por un lado, que no se puede meter en un mismo saco a quien practica la violencia y a quien sólo no la condena, y mucho menos a quien sí la condena. Y acaso no es menos obvia la proposición de que el guión vasco —con el conflicto político como epicentro— sirve de punto de encuentro a varios de esos campos: el del nacionalismo militar, el de los nacionalismos políticos radical y moderado, el nacionalismo sindical o el nacionalismo sociocultural, punto de confluencia, a su vez, de sensibilidades ecologistas, feministas y pacifistas... Estamos en presencia de una cuestión extremadamente delicada cuyo mero abordaje provoca un enorme malestar por los riesgos de deslizamiento que entraña. Lo anuncio para que el lector esté en guardia y se abstenga de acompañarme si es el caso.

Claro que los dos sectores amparados en la legitimidad democrática y ética pueden sostener que ellos no son culpables de que ETA utilice su misma gramática —es, por otro lado, la tesis discutible de que no se puede dejar que ETA marque la agenda—, pero es sumamente difícil presentar como diferente un producto con la misma marca. Ello obliga a un trabajo extra de desmarcado con al menos estos tres requisitos: 1) una condena explícita de la violencia y una desautorización de la apropiación de la representación colectiva, 2) un compromiso de no negociar ni establecer alianzas con quienes no la condenan, y 3) un compromiso activo en la defensa de los amenazados por ETA; en otras palabras, mientras subsista una acción violenta legitimada por la gramática del conflicto, la asunción de un marco conceptual soberanista exige una hiperactuación en la deslegitimación de la violencia, de lo contrario ETA seguirá siendo un ingrediente del centro gravitacional, tanto más cuanto que se trata de un territorio pequeño donde todo el mundo sabe quién es quién, y el anonimato no es una defensa para los que asumen iniciativas contra los violentos y afean las actitudes de quienes se niegan a ver. En catalán hay una expresión más entrañable para denotar un referente cercano: el nacionalismo representado por CiU hasta su desplazamiento del Gobierno se ha caracterizado como *pal del paller*, la pértiga del almiar. He dicho cercano porque por las razones que he comentado la fuerza gravitacional del guión vasco es mayor, y acaso lo es porque goza de apoyos extrapartidarios de los que no disfruta su homólogo mediterráneo. En todo caso, hasta la fecha no era previsible un relevo del titular del centro político inercial de la Lehendakaritzza, y eso es un indicador fiable de la existencia de un campo gravitacional potente. La sola alusión que acabo de hacer sirve sin embargo para sumar un elemento adicional de malestar. Algunos de quienes se encuentran por convicción en el campo gravitacional del nacionalismo, o se sienten aludidos por la referencia, no distinguen entre quienes permanecen quietos resistiendo denodadamente a la fuerza de atracción y quienes circulan en otro sentido atraídos por un campo gravitacional antagónico. El no nacionalismo se confunde con el antinacionalismo o el nacionalismo de sentido contrario; no se acepta un grado cero de la identidad que no sitúe a la afiliación étnica en el corazón de la vida colectiva, que rehuya equitativamente todas las tentaciones de autodefinición; no se tolera el escepticismo en materia de afiliación nacional. «¿Y qué otros vascos va a haber?», replica Setién a su entrevistador cuando le pregunta si no estará caricaturizando una realidad compleja al dividir la población vasca entre españolistas, por un lado, y vasquistas y nacionalistas, por otro (*El País*, 21/10/07). No puedo más que dejar apuntado aquí este complejo tema de una identidad no activada. En todo caso, para el guión que trato el mundo sólo es comprensible desde el prisma de la centralidad étnica; visto desde otro ángulo exhibe los rasgos contrahechos de la anamorfosis.

Vale la pena ofrecer unos datos concretos para verificar la hipótesis del campo gravitacional nacionalista. Joseba Arregi (2007) recuerda la tesis de Ander Gurrutxaga sobre el carácter «hiperinstitucionalizado» de la sociedad vasca; lo que quiere decir que «el poder y la influencia política de las administraciones llegan hasta los últimos rincones de la vida social. Casi



nada se les escapa. Sobre todo el mundo asociativo, sea del tipo que sea, se encuentra atravesado por la presencia, y el control, de las administraciones públicas. Todo ello explica, al menos en parte, el comportamiento silencioso de la sociedad civil y de sus organizaciones». Estas palabras abundan en lo tratado en el apartado anterior y permiten a la vez relacionar la metáfora hidráulica de los vasos con la mecánica de los campos gravitacionales. He referido más arriba el dato de que un 8,9% de los responsables del sector no lucrativo se atrevían a «manifestar servidumbre ideológica». Puesto que el centro gravitacional ofrece oportunidades diferenciales en función de la afinidad electiva con el guión director, la conclusión cae por su peso. Aunque en ocasiones la disonancia cognitiva obliga a contorsiones dialécticas para eludir el reconocimiento, y las más de las veces la existencia del campo se acepta como algo natural —porque ha dejado de percibirse, la gravitación altera la percepción, no se percibe el propio campo y se imputa a otros la dependencia de campos hostiles—, de manera que ni siquiera se considera una anomalía el desplazarse siguiendo las líneas inerciales.

En términos sociológicos un indicador del campo gravitacional viene expresado en los parámetros que describen las redes clientelares. La hiperinstitucionalización recién aludida indica el tenor. Apuntaré sólo dos supuestos, el primero del ámbito de la empresa, el segundo de la salud. «Si optas a un proyecto, si necesitas un permiso, si pretendes una subvención para el I+D+i, para la exportación, para lo que sea, no te conviene aparecer como elemento crítico. Aquí, el silencio es competitivo», asegura un alto ejecutivo. «Calculo que el 80% de las empresas que disfrutaban de ayudas significativas están alineadas con el régimen nacionalista», asegura otro a José Luis Barbería (*El País*, 04/11/07). El segundo caso se refiere al desproporcionado peso otorgado al conocimiento del euskera en la oferta pública de empleo del Sistema Vasco de Salud (Resolución 1082/2006); se ha calificado el asunto de surrealista (Juan Bas, *El Correo*, 24/10/07), y uno de los expertos de un tribunal de selección de médicos, después de anticipar las repercusiones negativas para la salud de la población de esta «endogamia lingüística», se mostraba incapaz de «comprender las causas por las que los usuarios, sindicatos y las asociaciones profesionales no protestan por esta forma de selección» (J. Casado, «Cartas al director», *El País*, 20/10/07). El extraño fenómeno constituye una ilustración palmaria de la eficacia de los silenciadores gravitacionales. Llama Morris (1962: 232, 234) «signos socialmente patológicos» a «aquellos a los que una sociedad se aferra de tal manera que no permite su corrección, a causa de la satisfacción parcial que conceden tales signos a la conducta social de un grupo de personas». La conducta patológica social, añade Morris, «no se produce solamente a causa de los signos pero, una vez que ha aparecido, los signos son medios poderosos para perpetuarla». Me interesa subrayar el aspecto de la persistencia y de los incentivos que la propician, no el de la patología.

## 5 Etnificación y radicalización

La figura de las inercias gravitacionales muestra su fecundidad en los demás centros apuntados. Es conocido, como observa Funes (1998: 495), que la persistencia de ETA obedece al apoyo social que le presta un sector cualitativa y cuantitativamente significativo de la sociedad vasca, una sólida textura de redes sociales interrelacionadas que aseguran su continuidad. Distingue esta analista (1998: 504) cuatro órbitas en este centro gravitacional: ETA, su área directa de influencia, los indiferentes y los opositores pasivos. La figura se complica en razón de que este centro fagocitó sectores significativos de los

movimientos sociales: ecología, feminismo, pacifismo, antimilitarismo, solidaridad, sindicalismo. Los no fagocitados sucumbieron en gran medida a la inercia de los silenciadores, como se ha expuesto. En este punto se confunden el centro militar y el cultural; para lo último ETA exhibe un alto contenido simbólico, con sus leyendas, mitos y mártires, hasta el punto de postularse como correlato empírico de la identidad vasca (Tejerina, 2001: 52, 45). Desde esta perspectiva, la fábrica social se presenta como una bóveda constituida por hiladas cada vez más cerradas coronadas por ETA en su clave. No faltan escenarios que ilustran esta nueva figura arquitectónica —tendrán que disculpar los lectores este abuso de tropos, colateral a la inmaterialidad literal del referente del «conflicto»— de la aproximación de hiladas. Veamos cómo se presentaban estas hiladas en lo tocante a la visión de la violencia:

- ETA. Actos de legítima defensa frente a los atropellos al pueblo vasco. Heroísmo nacional.
- MLNV. Respuesta a la represión. Corolario del conflicto político.
- EA-PNV-EB. Con matices entre y dentro de cada fuerza. La violencia de ETA es condenable, pero no la no condena de la violencia de ETA. No se pueden prohibir prácticas ni opiniones, sean del contenido que sean. Tal cosa equivale a resucitar los crímenes de pensamiento y secuestrar la libertad de expresión, lo que no es democrático. Vasos comunicantes: existe un conflicto latente del que no cabe hacer abstracción.
- Naciopacifismo. Hay que resolver el conflicto por medios pacíficos y sin exclusiones. Hay que dar de una vez la voz al pueblo vasco para salir del túnel. La solución exige que las dos partes se muevan, porque de los dos lados hay responsabilidad. Cuando esto ocurra, cuando se haya alcanzado la normalización política, la violencia desaparecerá.

El mapa se completaría con órbitas más alejadas. Recordaré a título de ejemplo la presencia activa de mujeres del Partido Socialista de Euskadi en Ahotsak y la recomendación del partido a sus concejales de asistir a los cursos organizados por Baketik... Y podemos saltar la frontera del Ebro. Desde Izquierda Unida federal ha habido siempre una oposición frontal a las medidas contra el entorno de ETA (amplificadores étnicos, deslegitimación política), pero jamás se ha propuesto ninguna opción alternativa para erosionar el poder de los violentos y de aquellos sin los cuales éstos no podrían subsistir (silenciador). Y podemos encontrar equivalentes internacionales —políticos, premios Nobel, movimientos alternativos y sociales varios, como las Madres de la Plaza de Mayo, línea Hebe de Bonafini— estratégicamente seleccionados, para obtener una idea de la enorme base de apoyo y la consiguiente capacidad de resonancia de la bóveda. Y esto nos devuelve una vez más al problema crucial a la hora de abordar este asunto. Un buen amigo y un lector generoso formulaba esta pregunta ante la lectura de una versión previa de este texto: «¿Podría afirmarse que se desprende del texto que, en definitiva, no hay frontera significativa fáctica entre el llamado nacionalismo vasco democrático y el violento?». Contesto categóricamente que la intención del autor es que la respuesta sea negativa. No cabe amalgamar a ambos actores. Pero a partir de ahí se suscitan las dudas que los lógicos clásicos expresaron en forma de paradojas: ¿a partir de qué grano tenemos un montón?, ¿qué número de orden de cabello perdido hace calva una cabeza?, ¿cuál es la hilada decisiva para establecer la diferencia, habida cuenta de la densa textura que mantiene solidario el conjunto?, ya de vuelta a nuestro asunto. El problema es enrevesado desde los dos sentidos de la vertical. Efectivamente, una aplicación arbitraria de medidas coercitivas es fatal para el Estado de derecho, como han puesto sobradamente de manifiesto las políticas adoptadas por la Casa Blanca al amparo de la «guerra global contra el terror» y como ocurrió con el siniestro GAL. De manera que

las políticas adoptadas deben evitar paralelamente la Escala del todo vale contra el terrorismo y la Caribdis de la impunidad, con la consiguiente dejación de responsabilidades frente a las víctimas habidas y potenciales. La estructura de las hileras convierte la acción de Estado, en cuanto monopolio de la violencia legítima, en una empresa de cíclopes y sísifos. Lo primero por lo ingente, lo segundo por lo interminable: el cambio continuo de siglas y marcas obliga a retornar al principio y volver a emprender la escalada cuidando de evitar los tropezones legales, pero también de sucumbir bajo el peso. La tarea se complica porque, en ocasiones, quien debería ayudar a sostener la carga prefiere poner zancadillas al portador: la deslegitimación sistemática del Estado, considerado antagonista por la divisoria del conflicto, *obliga* a esas maniobras a la larga autodestructivas.

Y en esta maniobra participa con gusto y con los apoyos externos que he citado el etnonacionalismo radical, contumazmente autodenominado izquierda abertzale, y la otra, me refiero a Ezker Batua-Berdeak. Ello remite a uno de los dos corolarios del fenómeno gravitacional, la etnificación; el otro es la radicalización. El primero da cuenta de las coaliciones ideológicamente daltónicas; el segundo, de las —valga el oxímoron— coaliciones antagonicas o cruzadas. Entiendo por etnificación el proceso de deriva identitaria mediante el cual se neutralizan las diferencias ideológicas del esquema derecha-izquierda: los tres socios del Gobierno vasco actual enjagan sus matices doctrinales con la bandera nacional. Lo cual, si no extraña para quienes tienen costumbre de alardear de estandartes, sorprende de aquellos que se muestran tan razonablemente refractarios ante la exhibición de otras banderas, y particularmente de quienes dicen luchar por la igualdad, la solidaridad y la justicia. Sorprende que tantos denostadores de la globalización neoliberal, por su empeño de subordinar el Estado al mercado y de privatizar los recursos públicos, sean ciegos a la privatización étnica favorecida por el pensamiento casi único de la fuerza gravitacional nacionalista. Y que algunos finos analistas hayan definido a ETA y sus alledaños como punta de lanza contra el capitalismo neoliberal. Tenemos antecedentes: Milosevic desempeñó antes ese papel y suscitó la misma santa indignación cuando fue detenido para ser juzgado en el tribunal de La Haya, denostado correlativamente como capital simbólica de la globalización imperialista. Choca encontrar en el campo de la solidaridad a quien atribuye las medidas judiciales contra Batasuna a la intención de perseguir «a todas aquellas personas y grupos que no interesan al poder político y económico», apostillando: «Ésta es la situación en la que tratan de meter a todos los que actúan para acabar con las injusticias y las desigualdades de esta sociedad». La Red por las Libertades y el Diálogo (<<http://nodo50.org/codoacodo>>, 01/12/07) establece así su plano de situación: «Ni la vulneración de derechos y libertades, ni las condenas injustas, ni la violencia sin sentido de ETA (que según las noticias ha vuelto a causar dos víctimas, una de ellas mortal) acercarán la necesaria paz que exige la sociedad de Euskal Herria y del resto del Estado». Si es perfectamente legítima la preocupación por el escrupuloso cumplimiento de la legalidad, no lo es la identificación de los detenidos con la causa de la justicia, y exime de comentarios la relegación de la violencia al tercer lugar y de las víctimas mortales a un mero paréntesis. Por no hablar del despropósito de invocar las desigualdades ante un sujeto político tan bien situado en el ranking del bienestar como su propio presidente presume en el discurso y tan disonante respecto a los rasgos de la famélica legión.

Tenemos un indicador manifiesto del proceso de etnificación, del triunfo del «conflicto» sobre el «problema»: el Pacto de Ajuria Enea (enero de 1988) fue firmado por todos los partidos democráticos menos Herri Batasuna (HB); el de Estella/Lizarra, diez años después, por todos los partidos y sindicatos nacionalistas, el naciopacifismo e Izquierda Unida/Ezker Batua y, en congruencia con la obsesión historicizante del nacionalismo, tratando de remedar otro Pacto de Estella

que había generado una coalición igualmente daltónica de nacionalistas con carlistas acérrimamente antirrepublicanos (José Luis de la Granja, *El País*, 23/01/99). Se decía que este acuerdo estaba encaminado a fomentar la tregua, pero ETA vuelve a atentar en enero del 2000. Quedó, eso sí, lo que la vuelta de tuerca étnica había asentado: el salto de la *euskojerga* a la *herrikojerga*, pues Euskal Herria es para este tratado y para un amplio espectro el término de referencia.<sup>3</sup> El proceso de etnificación ha supuesto una verdadera metamorfosis semántica: tenemos antimilitaristas globales que se vuelven daltónicos ante el militarismo local de ETA, izquierdistas que han olvidado las cuestiones sociales, demócratas que nos aturden los oídos con la participación pero que se muestran sordos a la desigualdad de partida de los eventuales ocupantes, pluralistas que proclaman un lecho de Procusto para todos, feministas que jamás han denunciado el militarismo machista y patriarcal de los *gударis*, alternativos que se niegan a ver el fascismo en los dibujantes de dianas, etc. Quizás no está de más recordar dos casos recientes en que la izquierda ha sucumbido a la patología de la etnificación: el socialismo autogestionario yugoslavo convertido en programa de la Gran Serbia y el socialismo sionista devenido en ideología de la ocupación a partir del marco de la Tierra de Israel. Los casos son bien conocidos, repárese en las coaliciones daltónicas que llegaron a constituirse en torno a esos polos étnicos, con los Lieberman y Seselj respectivos.

A propósito de polos, un destacado líder del abertzalismo sindical, Rafa Díez Usabiaga, se refería con motivo de la firma del Acuerdo Democrático de Base<sup>4</sup> —Batasuna, EA, Aralar, AB, Zutik, ANV, EHK, ELB, ELA, LAB, ESK, STEE, EHNE e Hiru por partidos y sindicatos, amén de varios colectivos sociales, entre los que no figura Elkarrí— a «un polo autoderminista y progresista en la sociedad vasca, que puede ser un factor determinante en los próximos meses y años» (*Gara*, 22/03/06). En línea con lo expuesto, este grupo se disponía a extraer los dividendos de la tregua. No hay constancia de que emitieran pronunciamiento alguno cuando terminó, pero hay en cambio visos de realidad sobre el «factor determinante»; los primeros compases de este escrito contienen pistas suficientes al respecto.

Ello me lleva al segundo proceso anunciado más arriba, la radicalización. En la puja étnica, la *herrikojerga* siempre jugará con ventaja sobre la *euskojerga*, y lo propio ocurre con sus universos simbólicos respectivos. Y dentro del territorio de cada jerga saldrán favorecidos los más duros y serán sacrificados los «michelines», para el PNV, de Arregi a Imaz. De ETA ya sabemos, y de los otros casos citados las cenizas de Rabin —compárese con la trayectoria del ahora presidente Peres, piloto avezado en la pista del campo gravitacional del nacionalismo israelí— y Djindjic —compárese con Kostunica, defensor acérrimo de la tesis de los vasos comunicantes— lo confirman por pasiva. (Uno no puede evitar recordar a Lluç en esta secuencia.) Los procesos de radicalización dejan baldío el sector moderado; sólo los halcones sobreviven y el oso abrazante a menudo no resulta ser quien primero y más abre los brazos. Los radicales kosovares boicotearon a mediados de los noventa unas elecciones decisivas que con su participación habrían ganado los demócratas serbios, dispuestos a negociar un nuevo estatuto para Kosovo; triunfó Milosevic y conocemos las consecuencias. Cuentan los radicales en la tarea con la ayuda de los halcones de otros campos gravitacionales, y se forman así coaliciones cruzadas antagonicas en las que los extremos de cada bando utilizan a los enemigos de fuera para destruir a los de dentro, para acabar con los «tibios» y con los «traidores». La extrema derecha española tiene un aliado fiel en el etnorradicalismo vasco, y viceversa.

El campo gravitacional presenta un elemento más de interés; da cuenta de la existencia de un suelo de apoyo para las posturas, por extremas que sean, situadas en su órbita, según se ha dejado apuntado. ¿Cómo desembarcar de la violencia sin descalificar los motivos del embarque? ¿Cómo salir del túnel manteniendo las razones para haberse aventurado en

él? El guión del conflicto hace digerible el relato de ETA, el milagro de la supervivencia de un pequeño pueblo entre dos Estados poderosos. El pueblo vasco es pacífico, luego la razón de ser de ETA debe estar en otro lugar; de ahí que la vía de salida deba ser «sin exclusiones», «sin vencedores ni vencidos». Pero ETA no se despedirá sin indemnización, sin el reconocimiento por los servicios prestados; y no cabe tal reconocimiento si uno desactiva el guión del conflicto... Por eso se invoca una «pacificación verdadera» que va más allá de la mera apariencia de paz que sería la desaparición de ETA. Porque la violencia de ETA está unida a un «conflicto de naturaleza política», confirma el obispo jubilado José María Setién (*El Correo*, 21/10/07). Más hiladas. De manera que el conflicto actúa como un contrapeso que impide que la balanza se incline en exceso del lado de la condena de ETA. Así se explica que estas condenas aparezcan habitualmente en el sector que comento de las «contextualizadas». No serán categóricas, sino condicionales, matizadas por la simetría entre el terror y la opresión; se sazonará la reprobación con las especias de la falta de libertades, de la persecución de las ideas, del no respeto a los derechos colectivos, de la negación del reconocimiento —las reglas de la gramática del conflicto amparan una riquísima creatividad—. Da la impresión, llevando al extremo la metáfora mecánica, de que no pueden operar simultáneamente dos campos gravitacionales en el mismo sistema de referencia. No puede haber dos divisorias principales trazadas con el mismo criterio, y el criterio no es independiente desde el momento en que las víctimas tienen en común el no ser sujetos titulares, el no estar en el lado correcto de la frontera que el «conflicto» marca. En última instancia es un traspaso del efecto protector que surte la sublimación del conflicto. El movimiento pacifista tiene su fundamento en la existencia de un patrón normativo humanista que actúa como escudo protector, pero Klemperer (2001: 206) nos previno de que «la conciencia nacional, sobrecalentada hasta alcanzar el grado de nacionalismo y chovinismo, reduce a cenizas ese escudo protector». La activación étnica tiene esa fuerza, el conflicto, en los términos en que es concebido por los actores que trato, asegura una reserva simbólica, un tope a la deslegitimación de la violencia. Si los argumentos presentados son fiables, la moraleja en términos de orientación para la acción resulta patente.

**Agradecimientos.** A Galo Bilbao, Jesús Casquete, Xabier Etxeberria, Gaizka Fernández, José Miguel Martínez, Javier Merino, Josefina Palacio, Blanca Pérez, Jesús María Puente, Josu Ugarte y Alberto Vicente, por su contribución a reducir los errores iniciales de este escrito, sin que les quepa desde luego responsabilidad alguna por los que eventualmente subsistan, ni presuponga su presencia en este apartado forma alguna de acuerdo de su parte con las ideas que aquí se vierten; a Paul Ríos, de Lokarri, y a Isabel Urkijo, de Gesto por la Paz, por haber atendido a mis preguntas.

## NOTAS

1. Deseo mencionar algunos comentarios críticos a un borrador de este cuaderno procedentes de algunos amigos, que resumo en la medida en que pueden orientar la lectura. Han observado en mi escrito una cierta desmesura expresiva, un abuso de la retórica, en algunos casos concesiones a la generalización, y, para lo que toca a este punto, una cierta contribución a la «mitificación» del conflicto. Es éste un fenómeno perverso nada infrecuente en los temas identitarios: la crítica si no es cuidadosa acaba reforzando el gradiente y contribuyendo al constructo mítico. Esté prevenido el lector frente a tales accidentes.
2. No voy a referirme al movimiento ecologista, más allá de la pregunta de si las convergencias estratégicas en luchas como Leizarán o la Y vasca no habrán supuesto un freno a la movilización

contra la violencia desde este sector emblemático de los nuevos movimientos sociales. Viene en todo caso a cuento para ilustrar el oportunismo etnorradical, su voracidad para fagocitar las más diversas expresiones de conciencia social y la anosmia de ciertos sectores al respecto cuando han mostrado una tan notable y plausible hipersensibilidad en otros. No parece exagerado afirmar que ETA y el nacionalismo radical se han subido al tren de la Y vasca no tanto para hacerlo descarrilar y sustituirlo por una alternativa sostenible como para lanzar un órdago y, si es posible, hacer descarrillar a las instituciones, interesadamente identificadas con los intereses del capitalismo, la globalización y la democracia corrupta, lo que les permite autopresentarse como paladines de la justicia y de la democracia popular. Por ejemplo, en el artículo de *Askapena* (27/12/07) «El tren de alta velocidad: otra experiencia de lucha de clases», se sostiene que «el intento de construir semejante obra ha provocado, de forma colateral, importantes debates»: el modelo de transporte, el modelo de sociedad («capitalismo salvaje o socialismo racionalizado, neoliberalismo depredador o progreso racionalizado y solidario»), despotismo ilustrado o democracia participativa, y debate social o conflicto de orden público.

3. El paisaje cultural vasco es una mina para sociolingüistas. Resulta apasionante ver cómo los términos se crean, se multiplican y acaban colonizando la noosfera y la mediasfera. No cabe aquí una consideración detenida del fenómeno, valga la referencia tangencial a la función de laboratorio de ideas —*think tanks*— de una parte del tercer sector. Hay un buen puñado de expresiones acuñadas en aquella cerca que luego aparecen escanciadas como epímones en cada evento político. Y ya se sabe que la repetición genera el valor añadido de la verosimilitud.
4. Una tribuna de Manuel Montero («Planes vendo y para mí no tengo», *El Correo*, 05/01/07) me ha hecho caer en la cuenta de un dato significativo inherente que tiene que ver con dos fenómenos expuestos, la tasa de ocupación mediática y el efecto amplificador. Se refiere a la alta productividad documental: el autor constata la plétora de planes elaborados por el Gobierno vasco, algunos de ellos con una existencia equivalente al momento de su presentación. Efectivamente, y con los planes van informes, acuerdos, encuestas..., dirigidos a la sociedad. Lo traigo aquí a colación porque esa hiperactividad documental me hace pensar en un proceso afín de productividad organizacional, visible especialmente en la izquierda radical, parece que más hiperactiva cuanto más se achica su espacio público: redes, asambleas, foros, seminarios, jornadas, coordinadoras...

## BIBLIOGRAFÍA

- ARAMBURU, Fernando (2006): *Los peces de la amargura*, Barcelona, Tusquets.
- ARREGI, Joseba (2007): «Llamamiento», *El Correo*, 30/09/07.
- BERGER, Ronald J. (2002): *Fathoming the Holocaust. A Social Problem Approach*, Nueva York, Aldyne de Gruyter.
- BILBAO, Galo (2007): *Víctimas del terrorismo y reconciliación en el País Vasco*, Bilbao, Bakeaz (Escuela de Paz, 13).
- BRAUD, Philippe (2006): *Violencias políticas*, Madrid, Alianza Editorial.
- CALLEJA, José María (1999): *La diáspora vasca. Historia de los condenados a irse de Euskadi por culpa del terrorismo de ETA*, Madrid, El País-Aguilar.
- CALVO SERER, Rafael (1953): «España sin problema», en *Historia de España. Estudios publicados en la revista Arbor*, Madrid, CSIC.
- DAHRENDORF, Ralf (1988): *The Modern Social Conflict. An Essay on the Politics of Liberty*, Nueva York, Weidenfeld & Nicolson.
- ELKARRI (2002): *Claves para hacer las paces. El libro de la Conferencia de Paz*, Pamplona, Elkarri.



- ESPIAU, Gorka (2005): Entrevista publicada en <<http://elkarri.org/es/actualidad/entrevistas/object.php?o=2209>>, diciembre.
- (2006): *The Basque Conflict. New Ideas and Prospects for Peace*, Washington, D. C., United States Institute of Peace (United States Institute of Peace Special Report, 161). Disponible en <<http://www.usip.org/pubs/specialreports/sr161.pdf>>.
- ETXEBERRIA, Xabier (2007): *Dinámicas de la memoria y víctimas del terrorismo*, Bilbao, Bakeaz.
- FERNÁNDEZ, Jonan (2006): *Ser humano en los conflictos. Reflexión ética tras una vivencia directa en el conflicto vasco*, Madrid, Alianza Editorial.
- FUNES, María J. (1998): «Social Responses to Political Violence in the Basque Country. Peace Movements and their Audience», *Journal of Conflict Resolution*, 42, 493-510.
- GAGNON, V. (1996): *Ethnic Conflict as Demobilizer. The Case of Serbia* (Institute for European Studies Working Paper, 96.1).
- GOÑI, Joseba, y José M.<sup>a</sup> RODRÍGUEZ (1979): *Euskadi. La paz es posible. 100 personas del estado español y francés analizan las causas de la violencia y presentan soluciones*, Bilbao, Desclée de Brouwer.
- GURRUTXAGA ABAD, Ander (2005): *La producción social del Nosotros: somos porque estamos*, Vitoria, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- HIRSCHMAN, Albert O. (1995): *A Propensity to Self-Subversion*, Cambridge, Harvard University Press.
- HORKHEIMER, Max (1986): *Sociedad en transición: estudios de filosofía social*, Barcelona, Planeta-Agostini.
- IBARRA, Pedro (2005): *Nacionalismo. Razón y pasión*, Barcelona, Ariel.
- IBARRETXE, Juan José (2007): *Discurso del Lehendakari*. Pleno del Parlamento Vasco, debate sobre política general, 28 de septiembre.
- KERSHAW, Ian (1999): *Hitler 1889-1936*, Barcelona, Círculo.
- KLEMPERER, Victor (2001): *LTI. La lengua del Tercer Reich*, Barcelona, Minúscula.
- LEDERACH, John Paul (1998): *Construyendo la paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas*, Bilbao, Bakeaz/Gernika Gogoratuz.
- MCADAM, Doug (1982): *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, Chicago, University of Chicago Press.
- MORATE, Joxe (1999): «Acerca de una entrevista de Txema Montero», *Goiz Argi*, 1.
- MORRIS, Charles (1962): *Signos, lenguaje y conducta*, Buenos Aires, Losada.
- OZ, Amos (2003): *Contra el fanatismo*, Madrid, Siruela.
- PABLO, Santiago de, Ludger MEES y José A. RODRÍGUEZ (2001): *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, II: 1936-1979*, Barcelona, Crítica.
- ROMANO, Idoia (2007): *Sin resignación*. Disponible en <<http://www.mujerescreando.org/pag/articulos/2007/mujeresdenegro/congresomdn2007idoia.doc>>.
- RUIZ OLABUÉNAGA, José Ignacio (dir.) (2004): *El sector no lucrativo de acción social. Datos generales y situación en la Comunidad Autónoma Vasca*, Vitoria, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- RUSSELL, Bertrand (1998): *Sociedad humana: ética y política*, Barcelona, Altaya.
- TEJERINA, Benjamín (2001): «Protest cycle, political violence and social movements in the Basque Country», *Nations and Nationalism*, 7, 39-57.
- VILLANUEVA, Javier (2005): «El jurista persa y el derecho a decidir que podríamos compartir», *Hika*, 165.
- (2007): «Los nudos gordianos del fin definitivo de ETA», *Página Abierta*, marzo.
- WIEVIORKA, Michel (2004): *La Violence*, París, Balland.
- ZULAIKA, Joseba (2006): Entrevistado por Javier Guillenea, *El Diario Vasco*, 03/07/06.

Martín Alonso Zarza, *¿Sifones o vasos comunicantes? La problemática empresa de negar legitimidad a la violencia desde la aserción del «conflicto» vasco*, Cuadernos Bakeaz, n.º 80.

© Martín Alonso Zarza, 2007; © Bakeaz, 2007.

*Las opiniones expresadas en estos trabajos no coinciden necesariamente con las de Bakeaz.*

**Cuadernos Bakeaz** es una publicación monográfica, bimestral, realizada por personas vinculadas a nuestro centro o colaboradores del mismo. Aborda temas relativos a economía de la defensa, políticas de cooperación, educación para la paz, geopolítica, movimientos sociales, economía y ecología; e intenta proporcionar a aquellas personas u organizaciones interesadas en estas cuestiones, estudios breves y rigurosos elaborados desde el pensamiento crítico y desde el compromiso con esos problemas.

**Director de la publicación:** Josu Ugarte • **Coordinación técnica:** Blanca Pérez • **Consejo asesor:** Martín Alonso, Joaquín Arriola, Nicolau Barceló, Anna Bastida, Roberto Bermejo, Jesús Casquete, Xabier Etxebarria, Adolfo Fernández Marugán, Carlos Gómez Gil, Rafael Grasa, Xesús R. Jares, José Carlos Lechado, Arcadi Oliveres, Jesús M.<sup>a</sup> Puente, Jorge Riechmann, Juan Manuel Ruiz, Pedro Sáez, Antonio Santamaría, Angela da Silva, Ruth Stanley, Carlos Taibo, Fernando Urruticoechea • **Diseño:** Jesús M.<sup>a</sup> Juaristi • **Maquetación:** Mercedes Esteban Meriel • **Impresión:** Grafilur • **ISSN:** 1133-9101 • **Depósito legal:** BI-295-94.

**Suscripción anual** (6 números): 24,00 euros • **Forma de pago:** domiciliación bancaria (indique los 20 dígitos correspondientes a entidad bancaria, sucursal, control y c/c.), o transferencia a la c/c. 2095/0365/49/3830626218, de Bilbao Bizkaia Kutxa • **Adquisición de ejemplares sueltos:** estos cuadernos, y otras publicaciones de Bakeaz, se pueden solicitar contra reembolso (4,00 euros de gastos de envío) a la dirección abajo reseñada. Su PVP es de 4,00 euros por ejemplar.

**Bakeaz** es una organización no gubernamental fundada en 1992 y dedicada a la investigación. Creada por personas vinculadas a la universidad y al ámbito del pacifismo, los derechos humanos y el medio ambiente, intenta proporcionar criterios para la reflexión y la acción cívica sobre cuestiones relativas a la militarización de las relaciones internacionales, las políticas de seguridad, la producción y el comercio de armas, la relación teórica entre economía y ecología, las políticas hidrológicas y de gestión del agua, los procesos de Agenda 21 Local, las políticas de cooperación o la educación para la paz y los derechos humanos. Para el desarrollo de su actividad cuenta con una biblioteca especializada; realiza estudios e investigaciones con el concurso de una amplia red de expertos; publica en diversas colecciones de libros y boletines teóricos sus propias investigaciones o las de organizaciones internacionales como el Worldwatch Institute, ICLEI o UNESCO; organiza cursos, seminarios y ciclos de conferencias; asesora a organizaciones, instituciones y medios de comunicación; publica artículos en prensa y revistas teóricas; y participa en seminarios y congresos.